
LA ESTRELLA DE CHILE.

LA
ESTRELLA DE CHILE

REVISTA LITERARIA SEMANAL

AÑO OCTAVO

1875

TOMO IX

SANTIAGO DE CHILE.
IMPRENTA DE "LA ESTRELLA DE CHILE."
19 J.-ACUSTINAS.-19 J.

1875.

EL ULTIMO DIA DE POLONIA.

DRAMA HISTÓRICO, ORIGINAL, EN CUATRO ACTOS I OCHO CUADROS.

(Continuacion.)

ACTO III.

CUADRO SESTO.

EL TORREON DE WOLA.

La plataforma del torreon de Wola, en el convento de San Anselmo.—Al fondo, una campiña lejana. Un parapeto atraviesa la escena.—A la derecha, torre i puerta practicable; una capilla en primer término. A la izquierda, puerta que conduce al convento.—Es de noche.

ESCENA I.

MANZOUR, PETROUCHKA.

(Al levantarse el telon, Manzour está de faccion en la puerta de la torre i Petrouchka, apoyado en el parapeto, mirando hácia afuera.)

MANZOUR. ¡Hola! Petrouchka ¿qué haces ahí? pareces una estatua. Cualquiera al verte tan ensimismado i en tan absorta contemplacion, diria que estás poetizando, como si la luna brillara en el cielo o la noche estuviese mui serena.

PETROU. ¡Qué luna, ni qué poesía! Lo que miro i contemplo es aquella luz azuleja que brilla en las aguas del Vístula.

MANZOUR. ¿Una luz?

—¡Cuidado! dijo Crespo, sabed, señor capitan, que yo puedo tratar a mi hijo como me plazca, pero vos, nó.

—I yo aguantarlo a mi padre i no a otra persona.

- ¡I qué habias de hacer, si quisiera yo ahora castigarlo?

—Morir ántes que sufrirlo, señor capitan; morir en defensa de mi honra.

—¿I qué honra tiene un villano?

—La misma que vos, que no habria un capitan, si no hubiera tambien un labrador.

—¡Es mucha mengua que esto sufra! dijo don Alvaro amenazando a Juan.

—Mirad que estoy yo de por medio, gritó Crespo desnudando la espada.

—Mi capitan, murmuró por lo bajo Rebolledo, ved que viene don Lope.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará.)

LA FERIA DE LAS VANIDADES. (1)

(CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA.)

Sólo se ofende de la crítica severa el que no es capaz de dejarla de merecer nunca. El talento superior la desprecia cuando es injusta o parcial, i sabe darle su valor i aun estimarla cuando es sincera, noble i de buena fé.

FÍGARO.

Acaba de publicarse el libro que la Academia de Bellas Letras de Santiago componia desde tiempo atrás con el objeto bien laudable de contribuir por su parte a la inauguracion de la estatua de don Andres Bello; i pues se presenta solicitando la proteccion del público, oportuno i justo me parece dar una idea de lo que

(1) A propósito del libro *Suscripcion de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andres Bello*.—Un vol. en 4.º de 378 pájs.—Santiago, Imprenta de la Librería de EL MERCURIO, 1874.

ese libro significa, de la manera como está redactado, de la suerte, en fin, que por su forma i por su fondo debe caberle, sin que ni tan siquiera pueda servirle de tabla de salvacion en el naufragio que le espera el propósito que le dió vida, ya que de tan poco tino se ha dado pruebas por los honorables caballeros que hicieron la edicion i por no pocos de los que ocupan esas trescientas i tantas páginas de prosa i verso. Apresúrome a declararlo: es ese un pobre libro, un bien pobre libro, sea cual fuere el aspecto por el cual se le juzgue, aun por su aspecto tipográfico. La impresion no honra mucho que se diga a la imprenta de la Librería de EL MERCURIO i los diversos artículos de la *Suscripción* no logran que el lector olvide sus defectos materiales, por decirlo así.

El libro de la Academia se presta a numerosas consideraciones jenerales i particulares. Apuntaré unas i otras en el orden que se presenten a mi memoria, muchas veces tomándolas al acaso para que se vea que si hai audacia en lo que sentado dejo, esa audacia se halla perfectamente justificada por los hechos.

Desde luego, todos teníamos derecho a esperar una obra, si no acabada, por lo ménos digna de una asociacion en que figuran en primer término caballeros que se honran con el título de miembros de la Real Academia Española. Teníamos derecho a esperar algo mas que una obra de partido i hasta de propaganda política, donde la parte literaria desaparece casi completamente para dar lugar a bosquejos biográficos o cosa así, a caricaturas con pretensiones de retratos que son como un bostezo de mal comprimidas odiosidades.

Obra de partido he dicho i mantengo la palabra porque es exacta i porque está merecidamente empleada. ¿Acáso no hai allí un buen número de páginas consagradas a hacer la apoteosis de hombres públicos, como Lerdo de Tejada i Guzman Blanco, que así tienen que ver con la estatua de don Andres Bello, como el que esto escribe con los habitantes de la luna? Francamente, yo no he podido darme cuenta de la razon que se haya tenido en vista al dar cabida en este libro a escritos políticos, propios sólo para provocar animosidades en una buena parte del público cuya proteccion se reclama.

Dar a conocer a don Andres Bello i dar a conocer sus obras parece que ha sido un fin secundario de la publicacion; o si ha sido un fin principal, mal camino eligió la Academia de Bellas Letras i pésima muestra ha dado de su sano criterio, de su buen gusto literario, de su facundia i hasta de los títulos que posee i que puede ganar en buena lid para obrar como maestro, para servir de faro a la juventud. La composicion misma del trabajo no ha podido ser mas infeliz. ¿Qué significa allí un artículo sobre el calendario, por mas que ese artículo lleve la firma de don Diego Barros Arana al pié? ¿Qué significan ese estudio sobre la América en 1873, esas biografías de Perez, García Moreno, Lerdo de Tejada, etc., ese estudio sobre el gobierno político de Chile, so-

bre la fauna i la flora de Chile, etc., etc.? Responda quien pueda. Por lo que a mí toca, paréceme que la Academia, resuelta i comprometida como estaba a publicar un libro, escasa por otra parte de cooperadores, echó mano de lo poco que se le presentaba, consiguiendo formar un conjunto indijesto de manjares fiambres, una especie de olla podrida que no satisfará por cierto ni a los paladares ménos delicados.

Tratábase de escribir un libro consagrado a la memoria de don Andres Bello, destinando el producto de su venta a la estatua del eminente literato. Preciso era, en consecuencia, hacer conocer a éste en su vida i en sus obras, como hombre público, como literato, como maestro inolvidable e irremplazable de dos jeneraciones. El filósofo, el literato, el filólogo, el poeta, el juriscunsulto, el sabio, en fin, debian pasar a la vista del público para que el público pudiese estudiarles, comprenderles i admirarles. No ha sucedido así, sin embargo. El Andrés Bello que la Academia nos ofrece es un Andrés Bello desmembrado, incompleto, descolorido, que sólo con el auxilio del lente se distingue al traves de la neblina que le rodea. Es un Andrés Bello de convencion.

Escribe la biografía del grande hombre el señor Amunátegui i esa biografía se reduce a cuatro pinceladas de dudoso buen gusto, a la apunacion de hechos mas o ménos importantes i a la repeticion de datos otras veces por el señor Amunátegui publicados. Mejor, mucho mejor habria sido, a mi humilde juicio, que el intelijente i laborioso discípulo de aquel insigne maestro hubiese reproducido su importantísima crítica biográfica de Bello, corrijiéndola i mejorándola, agregándole los nuevos datos que tuviese. No lo hizo; i no haciéndolo, flaco servicio prestó a la asociacion que le cuenta entre sus mas distinguidos miembros i aplaudidos colaboradores.

Mas, tiempo es de notar un vacío que no admite disculpa de ninguna especie, un vacío que seria imperdonable en cualquier biógrafo de don Andrés Bello i no digo en la Academia de Bellas Letras. No hai un artículo, ni un solo artículo en el libro, que nos dé a conocer al juriscunsulto, al inolvidable autor del Código Civil. ¿No tiene la Academia escritores que pudieran emprender la obra? Sí que los tiene, i ello hace absolutamente injustificable el silencio que acerca de este punto capital se ha guardado. El Código Civil ha sido objeto de numerosos estudios, de notables memorias presentadas a la Universidad; i, sin embargo, su autor no ha sido tomado en cuenta por la Academia de Bellas Letras: apénas sí por incidencia se le recuerda en una que otra pájina. A la verdad, el sabio juriscunsulto no merecia tan estupendo desden i es bien seguro que solo por un lamentable olvido, pero olvido que nadie disculpará, se le ha hecho víctima

de él precisamente en una obra destinada a ensalzar la memoria querida i venerada del maestro.

Mui poco mas feliz que Bello, jurisconsulto, ha sido Bello, poeta, gramático, filósofo. Del poeta habla otro poeta, don Domingo Arteaga Alemparte; pero tan concisamente i en formas i apreciaciones tan jenerales, que solo se detiene el tiempo necesario en la elejía al incendio de la Compañía. Del gramático habla don Sandalio Letelier; i hablando, prueba que poco conoce al gramático que elojia i que no ha sacado mucho provecho de sus lecciones. Ocúpase en el filósofo don Anjel Custodio Gallo, i después de leer el artículo de éste, he sabido yo de la filosofía de Bello tanto cuanto sabia ántes de leerlo; sólo que ántes de leerlo tenia del filósofo una opinion que, a no ser sólida como es, habriase visto destruida por los dislates que el señor Gallo ha tenido a bien ensartar en su mal nacido i malaventurado artículo.

Toda la composicion del libro revela un mal gusto que da grima. Bello era un escritor insigne, esmeradamente correcto i castizo, clásico entre los clásicos i sabia respetar los fueros del idioma que tan profundamente conoció i que manejó con destreza inimitable aun en los calorosos arrebatos de su inspiracion de poeta. Literato consumado, sus obras son modelos del bien decir, muestras acabadas del rico idioma castellano. Pues bien, los autores que llenan la mayor parte de las pájinas del libro que la Academia en hora infeliz ha dedicado a su memoria, casi en su totalidad son escritores incorrectos, mal avenidos con la gramática, una protesta viva contra lo que durante su laboriosa vida enseñó de palabra o en la prensa el gran maestro. Es desapacible en ellos la frase i hai jiros que serian inaceptables aun en la pluma de estudiantes recién salidos de las aulas. I para que se vea que no levanto un falso testimonio, quiero citar aquí algunos párrafos del libro, poner a la vista del lector algunos ejemplos i compararlos con otros de buenos escritores españoles i americanos.

Abro la Introduccion. La ha redactado don Manuel Antonio Matta. Su párrafo primero es comó sigue:

“Cuando la opinion se habia manifestado tan espontánea i tan unánime en favor de la idea de erijir una estátua a don Andres Bello —idea que habia entrado con buen éxito en la fase decisiva de su realizacion—la “Academia de Bellas Letras” no podia dejar de tomar parte en ésta, i de tomarla en conformidad con su carácter, sus tendencias i sus recursos.”

Tal es, copiada al pié de la letra, con fidelísima exactitud, la primera muestra que el libro nos ofrece. ¡Qué desgraciada muestra i qué pobre redaccion! Borren Uds. ese *cuando* con tanta infelicidad empleado i pregunten en seguida al señor Matta si sabe lo que significa la palabra *espontánea*. De seguro que lo ignora: a saberlo, se habria guardado de expresarse así. *Espontáneo* dice en buen

castellano “voluntario i de propio movimiento.” ¿Obró por propio i oriñal impulso la opinion pública a que el señor Matta se refiere? Yo no lo sé, i de seguro, no lo sabe tampoco el señor Matta. Lo que hai de cierto es que esa impalpable señora no ha sido consultada sobre la materia, a no ser que quieran darse el nombre de *opinion pública* los admiradores de Bello. ¿Cuándo i cómo la mayoría del pueblo de Chile ha declarado en la prensa, en la tribuna o en los comicios que es favorable a la idea de erijir la mencionada estatua? I aunque esa declaracion existiese, ella no habria sido *espontánea*, sino hecha a influjo de los iniciadores de la idea, lo que por cierto es cosa mui distinta. La opinion pública sabe poco de letras i entre nosotros se la evoca cuando a cualquier audaz se le viene a mientes evocarla. Paciente como un Job es la señora i de su paciencia abusan los que buscan medios de explotarla.

¿Qué es eso de *fase decisiva de su realizacion*? ¡I el señor Matta dirá que es discípulo de Bello! A fé que si lo es, bien poco i nada aprovechó de las lecciones del maestro. Abro el Diccionario i leo que *fase* dice: “Cada una de las diversas apariencias o figuras con que se dejan ver la luna i otros planetas, segun los ilumina el sol.” El señor Matta no ha consultado su cosmografía i ha olvidado su gramática. ¿Con que una idea tiene *fases* i no como se quiera, sino *fases decisivas*? Así se lo contaré al cura.

“La Academia de Bellas Letras no podia dejar de tomar parte en ésta” dice el señor Matta i por mas que he tratado de averiguar a quien mira *ésta*, no lo he conseguido. Mirar puede a *la opinion*, a *la idea*, a *la estatua*, a *la fase decisiva*, a *la realizacion*; pero no mira a ninguna de estas palabras i las mira a todas. Tomar parte en una “opinion pública” es un gazafaton que no cede al que resultaria de decir que se tomaba parte en una “fase decisiva.” ¿Qué ha querido significar el señor Matta? ¡Vamos! Es evidente que los escritos de este caballero necesitan de comentarios. Necesitólos el poema inmortal del Dante. ¿Por qué no habrian de necesitarlos los poemas joco-serios del traductor chileno de Goethe i Schiller? Sólo que el estilo anfibolójico i la literatura de jeroglíficos de este caballero, dando oriñen a interpretaciones frecuentes, podian dar fundamento para que algun pilluelo le recordase que

“... Es cosa impertinente
Que quien escribió ayer, hoi se comente.”

Otra noticia nos comunica el señor Matta i conviene dejar de ella nota. Dice que la Academia debia tomar parte *en ésta*, en conformidad con su carácter, sus tendencias i sus recursos. ¿Cómo ha manifestado esta conformidad? Publicando algo así como un *panfleto* de política militante, una obra de sectario de cuyas páginas se halla proscrito todo escritor que no haya quemado incienso en los altares ruinosos i poco halagadores de cierto libe-

ralismo? Ciertamente, el libro en que me ocupo basta por sí solo, pésimo como es, con sus estolideces i todo, a revelar el carácter de la madre que le echó al mundo. Las tendencias de la Academia las conocíamos todos, mucho ántes de que tuviese lugar el estupendo parto con tanta anticipacion anunciado, i las conocíamos, porque conocíamos a los señores Barros Arana, Amunátegui, Cood, Santa María, Matta, Lastarria, etc. Por lo que a sus recursos toca, harto miserables deben ser éstos, ya que los señores académicos no han podido darnos nada mejor que la *Suscripcion*, trabajo sin plan, sin método i que mas que una laudatoria o un aplauso, parece una sátira amarga contra la persona en cuyo favor se dice que ha sido escrita.

Véase ahora el segundo párrafo de la Introduccion. Pero ántes de transcribirlo, recomiendo a mis lectores que tomen aliento, que se preparen para un viaje de buzos. Hé aquí ahora el párrafo:

“Asociación literaria que considera la literatura como la expresion de todos los intereses, todos los sentimientos, todas las opiniones, todos los conocimientos i todos los sistemas de una sociedad i de una época, la “Academia de Bellas Letras” al ver que Chile, por la voz i la cooperacion de todos sus hombres, viejos o jóvenes, i de todos sus grupos políticos, antiguos o modernos, se decidía entusiasta a rendir un homenaje tan merecido como honroso, al ilustre literato— pues mui pocos hai a quienes, mejor que a Bello, pueda, con justicia, darse este hombre en su mas lato i noble significado;— la “Academia de Bellas Letras” quiso llevar su continjente a la ereccion de la estatua del modo i en la única forma que, correspondiendo a su instituto, fuesen dignos del sabio i del poeta que ha dejado tan luminosa huella en la historia de América i la de Chile, i lo fuesen tambien de la atencion de los lectores chilenos i americanos.”

Respiren, respiren Udes: es tiempo ya de reposar. Hemos llegado a un punto, después de mil vericuetos, portezuelos, peñascos i pantanos. ¡Qué irreprochable estilo! ¿Es esto lo primero que se ofrece a la vista del lector en un libro a la memoria de don Andrés Bello dedicado? Protestando con la doctrina i el ejemplo contra el buen gusto literario ¿se pretende ensalzar al literato? Entrando en la jurisdiccion de la gramática como en tierra de moros, hablando jerga en vez del castellano ¿se pretende hacer el elogio de eminente filólogo? ¿Acáso se ha querido hacer mas grande por los contrastes la figura del maestro? ¡Curiosa manera de hacer apoteosis!

Tenemos que los señores académicos consideran a la literatura como la expresion de los sentimientos, opiniones, etc., de una sociedad i de una época. ¿I por qué no ha de ser la expresion de todas las épocas i todas las sociedades? El señor Matta no lo dice; i después de callar sobre este punto, sienta una inexactitud como un cerro. Afirma que por la voz de todos sus hombres i to-

dos sus grupos políticos Chile se decidió a rendir un homenaje al literato. El hecho es profundamente inexacto. ¿Ha consultado la opinion de todos los viejos i todos los jóvenes el señor Matta? ¿Sabe de buen orijen que *todos*, sin excepcion, apoyan *la idea*? I después ¿qué tienen que hacer los *grupos políticos* de Chile con la estatua dedicada *al ilustre literato*? Esto se llama hablar al ruido de las nueces, como suele decirse. El señor Matta no conoce la opinion de los grupos a que se refiere i hai poderosos motivos para dudar de la veracidad de su aserto. Por el pronto, ocúreseme observar que muchos miembros notables de la Academia de Bellas Letras brillan en la *Suscripcion* por su ausencia: no han prestado su cooperacion. No está allí el señor Cood, ni han corrido sobre esas pájinas la pluma de artistas, el pincel vigoroso de Orrego Luco ni la pluma elegante i lijera de don Fanor Velazco. No figura allí don Justo Arteaga Alemparte; pero en su lugar aparecen Zubiría, don Demetrio Lastarria, don B. Dávila L., literatos de ocasion. Guarda silencio la musa de Rodriguez Velazco; pero sacude su cabellera la musa, hasta ahora desconocida i muda, del señor Astaburuaga, quien se estrena, como quien nada dice, con un soneto, cuyo mérito se verá después.

Ya el lector habrá observado qué pobreza de estilo i cuántas incorrecciones no hai en el trozo que dejo copiado. Ni las mas elementales reglas de concordancia han sido respetadas. Se diria que, en la primera pájina del libro de la Academia, el señor Matta ha querido mofarse amargamente de las bellezas de nuestro idioma. Si esta ha sido su intencion, preciso será confesar que ha visto realizadas sus esperanzas.

¿Qué es interrogacion directa? El señor Bello lo enseña en su gramática, los niños de escuela lo saben. Consulte a cualquiera de ellos el señor Matta i éste le responderá que las interrogaciones directas son proposiciones independientes. No obstante, el señor Matta ignora tan elementales nociones i en su Introduccion así se expresa: “¿Hasta qué grado *se hayan* realizado propósitos tan variados i fines tan dificultosos?—Atañe decidirlo a a los lectores.” Sepa siquiera el señor Matta que el subjuntivo comun solo puede formar parte de proposiciones subordinadas. Nunca está de mas cumplir con los preceptos de las Obras de Misericordia.

De la última enfermedad del señor Bello habla el señor Murillo. Se dice que es un literato o que pretende serlo. Yo solo sé que escribe i que es miembro de la Academia. De la manera cómo escribe daré muestras i apuntaré defectos en que incurre hasta el caballero que estudia al señor Bello como gramático.

Nos presenta el señor Murillo al señor Bello colocado en su mesa de trabajo, i allí se le veia “*una parte del pecho i de la cara* (¿por qué no toda la cara i todo el pecho? Indudablemente, el

doctor le miraba de soslayo o, como quien dice, por sobre el hombro) *iluminada ésta por el jenio de su intelijencia vivificadora,*” (la intelijencia de Bello, que no la del doctor).—¿*Jenio de intelijencia?* No lo comprendo i venga Dios i véalo.

“*De qué pensais que se ocupaba en sus delirios?*” pregunta el doctor Murillo; i en seguida contesta: “*De sus trabajos i de la re- cition de los mas hermosos versos de la Iliada i la Eneida...*”

Este párrafo contiene un defecto de lenguaje que es mui comun entre nosotros, que se repite en muchas pájinas de la *Suscri- cion* i que por lo mismo no quiero que pase en silencio. Puede que nuestros académicos se corrijan.

El verbo *ocuparse* u *ocupar* rije complementos con la preposi- cion *en*, no con la preposicion *de*. Debe decirse: “*Fulano se ocupa en tal negocio, nó de tal negocio.*” Gómez Hermosilla enseña lo si- guiente:

“*De qué se ocupa usted?* me han preguntado algunas veces, i por mas ocupado que estuviese, siempre he respondido: *De nada,* para dar a entender que los españoles nos encupamos *en* una cosa, como en leer, escribir, etc., i *no de* alguna cosa.” (*Arte de hablar, libro III, cap. prim. artículo prim.*)

Esta es tambien de la enseñanza de la Real Academia i la prác- tica constante de los buenos escritores. Vayan en comprobacion los siguientes ejemplos que tengo a mano:

“Allí, en el seno de su familia, gozó algunos dias el descanso debido a tanta ausencia i fatigas, i *se ocupó en arreglar* los nego- cios de su casa, que se resentian de su falta i *en dar* estado a sus hermanas.” (Quintana.—*El Duque de Alba.*)

“Ahora bien, con razon o sin ella las jentes habian dado en susurrar por Madrid (i cuando decimos *las jentes*, ya se entiende que hablamos de las que *se ocupan* con preferencia *en cosas políti- cas*),” etc. (Ochoa.—*Los Guerrilleros.*)

“Pasando de estos preámbulos al asunto *en que vamos a ocupar- nos*, examinaremos cuál era la situacion política, intelectual i mor- ral de la Europa...” (Alcalá Galiano.—*Historia de la literatura en el siglo XVIII.*)

“Arida materia fué *la en que nos ocupamos* la última leccion i árida por fuerza ha de ser *la en que nos ocuparemos* hoi.” (Alcalá Gadiano.—*Id. ibid.*)

“Yo estimaré que *te ocupes*
En esta investigacion.”

(Hartzenbuch, citado por Cuervo.)

Olvidan completamente lo enseñado por don Andrés Bello en su gramática los que emplean promiscuamente las formas ver- bales en *ara, era*, cuando el uso autorizado reclama otras. El doctor Murillo i otros escritores de la Academia incurren en ta- maña falta. He de recordarles lo que Bello enseña cuando dice:

“Yo miro este empleo de la forma en *ra* como un arcaismo que

debe evitarse, porque tiende a producir confusion. *Cantara* tiene ya en el lenguaje moderno demasiadas acepciones para que se le añada otra mas. Lo peor es el abuso que se hace de este arcaísmo empleando la forma *cantara* no solo en el sentido de *habia cantado*, sino el de *canté, cantaba i he cantado*." (*Gramática Castellana*, cap. XXVIII, apéndice, d.)

Bueno será que tengan presente la leccion los señores Murillo, Lastarria, Letelier, Arteaga Alemparte i otros que tanto cariño manifiestan tener por la forma en *ra*.

¿Debe decirse "los señores Amunátegui" o "los señores Amunáteguis"? Del primer modo habla don Domingo Arteaga Alemparte i peca así contra la práctica de los mejores escritores castellanos. ¿Qué concordancia es esa de un adjetivo plural con un sustantivo en singular? ¿Por qué, para ser lógico, no dice tambien *los árbol, las buenas pera*, etc.? Diráse que los nombres propios carecen de plural: el hecho es falso, pero concedo que así sea. Contesto, en seguida, que *Amunátegui* no es nombre propio sino apelativo: el argumento peca, pues, por su base.

"Jamás se dará una explicacion lógica i racional, dice el señor Cuervo, de la construccion *los Guevara*, por ejemplo; la que se ha intentado diciendo que ántes del apellido se sobreentiende *señores* o cosa parecida, disculparia el plural de *los*, pero no bastaria para cohonestar el singular *Guevara*. No falta quien, para aclarar este punto, embuta entre *los* i *Guevara*, una larga cáfila de palabras, diciendo: *los señores o sujetos que tienen por apellido Guevara*: explicacion tan ingeniosa que canoniza disparates como *los árbol=los objetos que tienen por nombre árbol*." (*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.)

En el artículo que el señor Arteaga Alemparte al señor Bello dedica, tropiezo todavía con la siguiente frase:

"Indudablemente *debió de comprender* (Bello), que faltaba a sus cantos un auditorio inteligente."

Peca esta frase contra la práctica de los buenos escritores peninsulares i americanos. Si el señor Arteaga Alemparte hubiese escrito *debió comprender*, (suprimiendo la preposicion o interposicion *de*), habria obrado conforme a un cánón bien conocido del idioma. La construccion sin *de*, implica necesidad, obligacion; con *de*, dice probabilidad, duda. Un Diccionario de sinónimos que tengo a la vista, enseña lo siguiente:

"*Debe ser* afirma que es debido, justo o conveniente que la cosa exista. *Debe de ser* supone que es probable la existencia de una cosa, que por sí misma parecia dudosa o increíble. La primera equivale a *es preciso que sea*, esto es: las circunstancias, la obligacion, la necesidad lo exigen. La segunda equivale a *parece que es así*."

La misma diferencia debe tenerse presente en todas las construcciones del verbo *deber* con derivados verbales. La *de* del señor Arteaga Alemparte es tanto mas intolerable cuanto que la primera palabra de la frase es el adverbio o submodificativo *indudablemente*. Vayan algunos ejemplos en comprobacion de lo que digo:

“Si el Condestable perdió algun tanto del favor del Monarca por la entereza de su conducta, el duque de Alba *debió ganar* por la docilidad de la suya.” (Quintana.—*Obra citada*.)

“Talvez piense álguien que no *debieran figurar* aquí todas las composiciones incluidas en esta primera seccion del libro.” (Manuel Cañete.)

“Una definicion *debe mostrarnos* el carácter comun de todos los verbos.” (Bello.)

“Los médicos que hablan de *ojos inyectados deben de no haber tropezado* con buenos libros españoles, que si no fuese así, dejarían esa monserga gabacha...” (Cuervo.—*Apuntaciones críticas*.)

“*Por fuerza* habremos de responder que el poder *debe ejercerse* en provecho de la sociedad.” (Rafael María Baralt.—*Revista Española de Ambos Mundos*.—Tomo III, Marzo de 1855.)

Bastan los ejemplos citados. Ojalá contribuyan a corregir un abuso en el lenguaje que se jeneraliza mas i mas entre nosotros.

Llego al artículo titulado *La Gramática de la lengua castellana por el señor don Andrés Bello*. ¿Quién lo firma? El señor don Sandalio Letelier, profesor del Instituto Nacional. Entre el título del artículo i lo que en él se dice, hai una distancia inmensa. Ni se nos hace conocer a Bello ni se nos hace conocer su obra. Todo se reduce a pinceladas poco felices i a vaguedades vulgares. No sabemos mas, después de leerlo, que sabíamos al salir de las aulas, después de estudios mas o ménos superficiales.

Desde luego resalta un defecto de forma en que no incurren sino los reclutas, los bisonños. El autor usa al comienzo de su artículo de la pluralidad ficticia: habla en primera persona de plural: pocas páginas mas adelante olvida esto i habla en primera persona de singular. Por grave que sea esta falta en todo un señor profesor, pequeña parece si se la compara con el párrafo siguiente, que es el segundo del artículo:

“Pero *una innovacion radical i completa* en todo el sistema, *una modificacion* que, afectando el fondo de la enseñanza, se establezca sin dificultad en medio de las opiniones mas variadas, *una via nueva* que se abre i se hace fácil i transitable, apesar de los ataques i emboscadas de los celadores del trillado i antiguo camino de la rutina, *necesita ser* una luz brillante que *arrastre* en pos de sí a las inteligencias, ahuyentando por completo a los buhos de

la antigua escuela i reuniendo en torno suyo (¿en torno de los buhos?) todo lo que hai de progresista en el mundo.”

Et nunc, erudimini.

Los buhos de la antigua escuela se reirán alegremente de ese señor profesor de gramática que, en materias de concordancia, no se sabe de la misa la media. Don Andrés Bello enseña que varios sujetos en singular equivalen a uno en plural. El señor Letelier lo ignoraba i forma esta donosa concordancia: “Una innovacion . . . una modificacion . . . una via nueva que se abre . . . (tres sujetos en singular), *necesita ser*, etc. Mi cocinera habria dicho *necesitan*; pero mi cocinera no entiende de Academias i no escribe para libros de académicos.

¿I qué decir de esa *via que se abre* (¿a sí misma? o es abierta por otro?) i que *necesita ser luz brillante que arrastre*? Esto es nuevo i profundo. Como el Dante, en presencia de bellezas de tal calaña, miro i paso. Eso sí: solicito una corona para la via que se abre, que es luz brillante, que arrastra (por los cabellos) a las inteligencias (¡pobres inteligencias *arrastraas!*) i que reúne en torno suyo . . . (no es nada lo del ojo) ¡todo lo que hai de progresista en el mundo!

Cuando tales dislates se escriben por un profesor del idioma patrio i se publican en un libro de la Academia de Bellas Letras ¿extrañará alguien que yo los haya recojido i envuelto con mi red barredera para ofrecerlos a la condenacion o a las carcajadas de las jetes sensatas?

RÓMULO MANDIOLA.

(Concluirá.)

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

LA ESPERANZA.

Lector, la historia que al presente narro
Se parece al tejido de una tela,
Porque es preciso reanudar los hilos
O cortarlos en caso que convenga.

Dijimos al principio de esta historia
Que Ferrol, con don Juan, i doña Elena,
Al sur de Chile se marcharon juntos
Por atender sus pertenencias.

EL ÚLTIMO DÍA DE POLONIA.

DRAMA HISTÓRICO, ORIGINAL, EN CUATRO ACTOS Y OCHO CUADROS.

(Conclusion.)

ACTO IV.

CUADRO SÉPTIMO.

¡ADIOS POLONIA!...

Una selva en las inmediaciones de Macejowice.

ESCENA I.

MARÍA, MARGARITA, HUBERTO.

(Aparecen en el fondo del bosque. Huberto, con la vista vendada y apoyado en un bastón, camina con pasos vacilantes.)

MARG. Por aquí, padre mio, apoyaos en mi brazo y caminad sin temor.

HUBER. Detengámonos un momento. Procurad orientaros del sitio donde nos encontramos.

MARÍA. Parece que ya hemos atravesado la parte mas espesa de la selva; aquí el camino se hace mas fácil.

HUBER. I tú, Margarita ¿no has visto a nadie, no has divisado alguna choza, algo que nos indique que pronto encontraremos un cho amigo donde poder descansar?

MARG. Nada, padre mio: solo he visto pasar, cerca de nosotros,

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

(CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA.)

(Conclusion.)

Tolere el paciente lector que me detenga algun tiempo mas en el artículo que al señor Bello i su Gramática don Sandalio Letelier consagra. Hai todavía lindezas que exhibir i gazafatones mayores de marca que censurar.

En el quinto párrafo de su artículo, el señor Letelier, que es profesor de Gramática Castellana en el Instituto, se expresa así:

“Cada una de sus producciones científicas i literarias (las de Bello) lleva el sello del estudio; *i asombra en verdad el examinar en sus menores detalles todo lo que se encuentra de ciencia, de filosofía en cada materia de las que caen bajo su observacion.*”

No hai, por cierto, gran elojio para Bello en eso de decir que cada una de sus producciones “lleva el sello del estudio.” De muchas producciones puede aseverarse idéntica cosa sin que ellas valgan el papel que se ha gastado en escribirlas. Méenos todavía vale la frase que dejo en *bastardilla* i que habria redactado mejor un pincipiante.

Sigo adelante i leo: “Sin ninguna forma para los casos, el nombre castellano *habia seguido declinándose* con los seis de la lengua latina;” frase incorrecta i anfibolójica.

Llega por fin un momento en que el señor Letelier recuerda que tiene que dar a conocer la Gramática de Bello i hace un esfuerzo para conseguirlo. Dice de la manera siguiente:

“Tomando por base (el señor Bello) de la clasificacion de las palabras en partes de la oracion la única posible, a saber, el oficio que ellas desempeñan en la frase, abandonó la clasificacion antigua en que el oficio, la forma i la significacion constituian una amalgama confusa para dicha clasificacion: *los artículos i pronombres* fueron incluidos en sus clases naturales por el oficio que desempeñan; *su significacion fué precisada* sin que ello influyera en su colocacion al lado de las que tienen el mismo valor sintético en la frase. De la misma manera los derivados verbales toman bajo su pluma el lugar que les corresponde por su oficio ordinario, sin dejar el carácter que les conviene por su construccion.”

Principio por apuntar que la frase *su significacion fué precisada* es galicismo de tomo i lomo, que en castellano se dice *su significacion fué especificada, presentada con precision, etc.*; i agregó que el señor Letelier no se muestra mui justo ni mui conocedor de las leyes i principios gramaticales en lo que dejó transcrito. No se expresa siquiera con la claridad i el método propios de un profesor. Así, habla de la division de las palabras en partes de la oracion i a renglon seguido trata de los titulados *artículos* i *pronombres*. ¿Son éstos tambien partes de la oracion? El señor Bello no enseña tal disparate. Uno i otro son apénas denominaciones particulares del nombre.

Era éste un lugar oportuno para que el señor Letelier hubiese entrado en mayores desenvolvimientos explicando la teoría seguida i enseñada por Bello en la clasificacion de las palabras. Para clasificarlas, dice el señor Letelier, tomó por base el oficio "que ellas desempeñan en la frase" i declara de paso que esta es la única base posible.—Vamos por partes.

El señor Bello dice que sustantivo es "una palabra que puede servir de sujeto." Atiende, pues, al oficio que esta palabra desempeña en el discurso; i atendiendo a esto i solamente a esto, da una mala definicion, porque todas las partes de la oracion i aun proposiciones enteras pueden servir de sujetos. Así en las frases *Bueno i malo son adjetivos, Mientras es adverbio, De es preposicion*, tenemos dos adjetivos, un adverbio i una preposicion que sirven de sujetos. ¿Cómo se asegura, entónces, que esta nueva clasificacion facilita la enseñanza? Aquí sí que hai una amalgama confusa de palabras que desempeñan un mismo oficio i que deberian ser, por tanto, sustantivos.

Habla en su Gramática el señor Bello de una clase especial de adjetivos que llama *artículos*, que no define, que nadie hasta ahora ha definido con exactitud i que el señor Bello divide en *definido* e *indefinido* sin que haya, a mi juicio, razon filosófica que apoye tal division. ¿Podria darla el señor Letelier? ¿La ha dado a sus alumnos?

El párrafo en que me ocupo es oscuro, verdaderamente alambicado. Yo no descubro qué se ha querido decir con él. Bajo la pluma del señor Bello, segun se afirma, "los derivados verbales toman el lugar que les corresponde por su oficio ordinario, sin dejar el carácter verbal que les conviene por su construccion." Repito que no lo entiendo. Las palabras de que se trata tienen *carácter verbal* por lo mismo que se derivan del verbo, i no por su construccion. ¿Cuál es el oficio ordinario de los derivados verbales? Modificar a un verbo o formar con él tiempos compuestos: en otros términos, *construirse* con el verbo. Esto es todo. Así, el derivado verbal tomará el lugar que le corresponde, no solo bajo la pluma del señor Bello, sino bajo la de cualquiera que conozca regularmente el castellano, si bien puede tomar otro bajo la del señor Letelier.

Debió siquiera decirse, en el artículo que me ocupa, algo sobre la manera cómo el señor Bello define los derivados verbales, puesto que en este punto se separa de la enseñanza de la generalidad de los gramáticos.

Llamo derivados verbales, dice el señor Bello, ciertas especies de nombres i de adverbios que se derivan *inmediatamente* de algun verbo, i que le imitan en el modo de construirse con otras palabras.

La anterior definicion da a conocer las innovaciones introducidas en esta parte de la Gramática por el señor Bello. Una palabra no es *derivado verbal*, si no se deriva *inmediatamente* del verbo i si no le imita en sus construcciones, esto es, si no puede llevar sujeto, afijos o enclíticos i complementos directos o indirectos. ¿Por qué esta restriccion? El título mismo aplicado a esas especies de nombres o adverbios la condena, puesto que el título no exige ni derivacion inmediata ni imitacion en las construcciones. Tan derivado verbal es *amante* como *amar*, *amando* i *amado*. El señor Letelier no lo cree así, sin duda, i debió dar las razones en que apoya su doctrina. Era este el único camino expedito i lógico para dar a conocer el libro majistral del señor Bello.

El estudio hecho por el señor Bello en el capítulo que trata de la clasificacion de las proposiciones es, a juicio del señor Letelier, *lo mas completo que tenemos sobre la materia*. El señor Letelier agrega:

“*El verbo que no admite sujeto gramatical expreso i que no lo lleva tampoco subentendido, porque la lengua no permite expresarlo, ese es impersonal i hé aquí la idea justa i verdadera de esta clase de verbos.*”

Paréceme, por el contrario, que la idea que el señor Letelier da sobre el verbo impersonal es completamente errónea. No hai en nuestra lengua verbo alguno que no lleve sujeto gramatical expreso ni tampoco subentendido. Pocas palabras bastarán para demostrarlo.

Llama el señor Bello *proposicion* la reunion de *sujeto* i *atributo*. *Sujeto* es el objeto de un juicio i *atributo* lo que se juzga o dice del sujeto. Estas son nociones elementales que aprende el estudiante en el primer año de estudio de la gramática. Ahora bien i en vista de las anteriores definiciones, es evidente que no puede haber proposicion sin sujeto, permita o nó el idioma que dicho sujeto pueda expresarse. En *lueve*, *trueno*, *se canta en la casa vecina*, etc., hai siempre un ajente que produce el canto, el trueno, la lluvia i ese ajente es el sujeto.

Decir que una *proposicion* carece de sujeto gramatical o lógico es tan absurdo como decir que carece de atributo. Atributo i sujeto son dos partes esenciales de la *proposicion* o dígase de la *oracion*. Para enseñar lo contrario se necesitaria atender solo a

la parte mecánica, por decirlo así, a lo material de la frase. La evidencia de esta verdad no pudo ocultarse al señor Bello i por eso definió la *proposición irregular* diciendo que “es la que carece de sujeto, no solo porque no lo lleva expreso, sino porque *según el uso de la lengua* o no puede tenerlo o regularmente no lo tiene: *Hubo fiestas; llueve a cántaros.*” I mas adelante dice que hai en los verbos impersonales como “*amanecer, tronar, llover, etc.*,” un sujeto envuelto, siempre uno mismo, es a saber: *el tiempo, la atmósfera, Dios, u otro semejante.*”

Penetrando en la historia del lenguaje, en sus orígenes, se ve con entera evidencia la verdad de lo que vengo sosteniendo. Tómese la frase *Hubo fiestas*, recuérdese que el verbo *haber* tuvo el significado de *tener* i se comprenderá que *Hubo fiestas en tal pueblo* vale tanto como *Tal pueblo tuvo fiestas*: el sujeto de la construcción antigua ha pasado a ser complemento de la construcción moderna; por eso se dice que ésta carece de sujeto, no porque realmente no lo tenga ni se ofrezca a la inteligencia, sino pura i simplemente porque la índole del idioma no permite expresarlo. (Puede consultarse a este respecto la gramática de Salvá, en la nota D. Allí se demuestra con toda claridad lo que aquí apunto a la lijera).

Necesito abreviar en lo posible estas observaciones i voi a concluir lo relativo al señor Letelier despues de agregar algunas palabras mas.

El pequeño artículo del señor Letelier carece hasta de método en la disposición de sus partes. Da una suscita idea de lo que el señor Bello enseña en lo tocante al jénero de los nombres i despues de confesar que le seria imposible examinar toda la novedad i la elevación de ideas que hai en el libro que es objeto de su estudio, deja el cuerpo de la Gramática analítica i pasa a tratar de la Ortología i Métrica, otro libro del señor Bello. Dedicale cuatro o cinco párrafos, i dice en seguida, textualmente: “Tal es el libro titulado *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos, por don Andrés Bello*. Pero, hombre de Dios ¿cómo olvida Ud. que estaba hablando de la Métrica i la Ortología? I si todavía tenia algo que agregar sobre la gramática ¿por qué no dejó para el último lugar la Ortología?”

A no dudarlo, el señor Letelier es poco feliz para redactar artículos literarios. No ha nacido con vocación para ello por mas que la tenga decidida para ser profesor del ramo mas difícil de las humanidades.

El señor Letelier dice que el del señor Bello era un espíritu *concienzudo*, olvidando que el significado clásico i genuino de este vocablo lo hace aplicable a la persona de estrecha conciencia, que hace escrúpulo de cosas impertinentes. Esto, a lo ménos, es lo que enseña el Diccionario de la lengua.

Mas adelante dice: “En cuanto al plan de la obra i a su ejecu-

cion como texto de enseñanza. . . .” ¡Galicismo atroz, señor Leterrier! Eso de *ejecucion por desempeño* no es tolerable ni en boca de los camasquines i galiparlistas de menor cuantía ¡cuánto ménos lo será en la pluma de un profesor! ¡I cuenta que la misma frase la usa en el párrafo penúltimo de su rápido estudio! (1)

Hasta ahora, supongo que nadie habrá sido tan perspicaz que sospechara que bajo la capa del señor don Anjel Custodio Gallo se ocultase nada ménos que un filósofo. I, sin embargo, hai un filósofo bajo esa capa, por lo ménos a juicio del señor Gallo, quien estudia en tal aspecto a don Andrés Bello.

Pero su estudio es tan ramplon i de tan escaso mérito que i merece que me detenga a examinarlo. Uds. calcularán de su mérito con solo unas pequeñas muestras.

“Otros escritores *mas levantados*. . . .” dice el señor Gallo i dice pésimamente. Las incorrecciones abundan i para que el artículo sea digno del libro, la filosofía de don Andrés Bello huye de los puntos de la pluma del señor Gallo, quien demuestra no conocerla ni de nombre. Si la ha leído, poco le ha aprovechado la lectura. En ese estudio se limita a darnos el índice de las materias que la filosofía trata. Todo lo demas es vago, incoherente. Con perdon del señor Gallo, declaro que verle escribir sobre filosofía me produce el mismo efecto que ver rumiarse a un buel, para usar la comparacion de un moralista frances.

No me ocuparé en un estudio sobre la erudicion de don Andrés Bello escrito por don Diego Bárros Arana. Conciso, trazado con la sencillez característica de su autor, ese artículo es de lo mejor que hai en la infeliz *Suscripcion*.

Apresúrome a tratar del artículo mas notable, aunque no el mejor escrito, ni el mejor pensado, ni el que mejor impresion produce en el lector. Me refiero al que lleva por título: *Recuerdos del maestro* i esta firma al pié: J. V. Lastarria.

Ese artículo es como todo lo que sale de la pluma del autor: brilla en primera línea el *yo* i en la manera del presuntuoso que decia: “Yo i Chateaubriand,” de cada una de las líneas por el señor Lastarria trazadas, parece brotar esta frase: yo i el maestro.

Examínese detenidamente ese cuadro i júzguese después con entera imparcialidad: ¿no es cierto que en el primer término se presenta la figura del autor, i allá, relegada a segundo término, como envuelto en espesa neblina, la pálida figura del maestro? Así, habla extensamente de sus trabajos en la enseñanza i no pierde la oportunidad de tributarse algunos elojios a propósito de su memoria histórica presentada a la Universidad en 1844,

(1) Todos los artículos de la *Suscripcion* están salpicados de incorrecciones e impropiedades. Allí brillan palabras como *prestijio*, *prestijiando*, etc. Casi no hai página en que yo no haya hecho una acotacion señalando defectos de lenguaje. ¡I esto en un libro dedicado a la memoria de Bello!

lanzando de paso un reproche al señor V. Mackenna por haber elevado en la Alameda de Santiago un monumento a los *Fundadores de la Historia Nacional*. ¡Injusticias humanas! Entre los nombres de esos fundadores no aparece el señor Lastarria, que “trazó, con aprobacion del maestro, una introduccion filosófica al estudio de nuestra historia nacional.” Como se ve, la injusticia del señor V. Mackenna es imperdonable, i el señor Lastarria tácitamente la reconoce i lo da a entender en su lamentacion.

El artículo del señor Lastarria es digno de ser leído i meditado por las enseñanzas que contiene i porque pone una vez mas de relieve la vanidad literaria del autor, que aprovecha de toda coyuntura para quemarse un puñado de incienso. Quien lo ha escrito es indudablemente el mismo que en pleno Congreso Nacional tuvo la avilantez de exclamar lleno de orgullo: “Tengo talento i lo luzco.”—Bueno será pedir coronas de siempreviva para estos rasgos de sin igual modestia.

I aquí es oportuno preguntar por qué han sido colocados entre los discípulos de Bello personas que nada o mui poco tienen de tales. ¿Porque escucharon las lecciones del maestro? ¿Porque se sentaron en los bancos de la clase en que él enseñó? ¿En qué sentido puede llamarse el señor Lastarria un discípulo del gran maestro? Ni sigue la escuela literaria a que éste perteneció, ni la escuela histórica, ni siquiera la política. Bello es clásico cualquiera que sea el aspecto en que se le mire, castizo i correcto como pocos: el señor Lastarria descuida la forma hasta el punto de incurrir en feas incorrecciones de palabras i jiros. Bello nunca fué un liberal de la escuela del señor Lastarria i por este lado, ántes que de Bello, el señor Lastarria fué discípulo de Mora.

No deja de ser orijinal lo que a este respecto sucede. Hánse apoderado de la memoria del sabio americano caballeros de cierta escuela literaria i política que jamás fué simpática para Bello, que nunca aprobó este literato insigne. En la obra de la Academia de Bellas Letras figuran nombres que Bello no habria querido prohijar i escritores que habria repudiado como discípulos.

El eminente americano cuya memoria se trata de ensalzar fué, ante todo, un espíritu esencialmente relijioso, fué un católico sincero i convencido. En los últimos años de su vida se hacía conducir a la iglesia para cumplir sus deberes de creyente. Daba así un noble i elevado ejemplo, i uno no podia sino mirar con respeto a aquel anciano venerable que, ya en la tarde de su laboriosa vida, se sentía todavía fuerte para elevar su alma a Dios en alas de fervorosa oracion.

I, no obstante, ninguno de los escritores de la *Suscripcion* recuerda o estudia este nobilísimo aspecto de la vida del grande hombre. Se guarda absoluto silencio i, por otra parte, se prepara para sus sienes una corona . . . roja, corona que el noble anciano, si se la hubiesen ofrecido en vida, habria rechazado con justa i noble indignacion. Yo espero que hoi mismo la rechacen

tambien los deudos de aquel americano insigne, los que fueron testigos cercanos del espíritu esencialmente católico de que dió pruebas durante toda su vida. Como lo ha dicho un célebre escritor, hai reproches que son una alabanza i aplausos que son una maldiccion. ¡Ah! los que se honran llamándose discípulos del inmortal maestro no debieron olvidarlo i debieron consagrar siquiera una página a este nobilísimo aspecto de la vida del maestro!

Semejante al artículo en que me ocupó, es el del señor don Demetrio Lastarria, titulado: *Idea sobre nuestra literatura histórica*. El hijo prepara cuidadosamente la oportunidad de alabar al padre, da una idea del sistema histórico de éste, disculpa el poco éxito que tuvo la memoria *Investigacion sobre la influencia social de la conquista*, etc., memoria que "no estaba llamada a formar escuela por el momento en que vió la luz," i mientras condena la manera de escribir la historia de los señores Amunátegui, V. Mackenna, Barros, etc., se inclina visiblemente a aplaudir la manera del señor Lastarria. Dejémosle gozándose en este inocente placer. ¿Por qué quitárselo? Crueldad inaudita seria negarle el derecho de manifestar que conserva vivo el fuego de su amor filial.

La primera parte del libro termina con un soneto dedicado a Bello i escrito por don F. L. Astaburuaga. Voi a darne el placer de transcribirlo para que el lector juzgue con total conocimiento de causa. Dice así:

"Su vívido calor i luz derrama
El fecundante Sol sobre la tierra,
I de ella ufano su calor destierra,
Vida ardiente infundiendo en polvo i rama.

"Aromas i armonías desparrama
El ya animado espíritu que encierra,
I esplendente a la vez en valle i sierra
Por todas partes bienhechor le aclama.

"Así de BELLO la ilustrada mente
Rayos flagrantés de saber i ciencia
Difundió en la chilena intelijencia. . . .

"¡Qué ella ciña coronas a su frente!
Que conserve del sabio preminente
Su memoria en amor i reverencia!"

Nótese desde luego la pobreza de rima de los dos cuartetos: *derrama, rama, desparrama; tierra, destierra, encierra, sierra*. Gravísimo defecto es ya por sí solo éste.

El soneto carece de inspiracion. No hai nn solo pensamiento elevado, ni un solo rasgo atrevido: todo es prosa en rengloncitos cortos, prosa mal rimada e incorrecta.

El sentido es oscuro. Pongamos en su órden natural los dos cuartetos:

—“El fecundante sol derrama su vívido calor i luz sobre la tierra i ufano destierra de ella la inaccion, infundiendo vida ardiente *en polvo i rama*.”

—“El ya animado espíritu que encierra desparrama aromas i armonías i le aclama bienhechor por todas partes, esplendente a la vez en valle i sierra.”

Ateme Ud. ahora esos cabos. Figura como sujeto en el primer período el sol. ¿Cuál es el sujeto del segundo? El animado espíritu que la tierra encierra i que desparrama aromas i armonías, etc.

Este cambio de sujetos en una composicion como la de que se trata es gravísimo defecto; no lo es ménos el decir que el sol infunde vida *en polvo i rama* (¡vida en polvo!). ¿Quién aclama bienhechor a quién? ¿Quién es *esplendente* en valle i sierra? Hai que adivinarlo. El alambicamiento no puede ser mas endemoniado.

Decir que Bello *difundió rayos flagrantes en la chilena inteligencia* me parece un desatino mayúsculo, que se ve pequeño, no obstante, si se le compara con este otro: ¡Que la chilena inteligencia conserve *del sabio preminente su memoria EN amor i reverencia!* El poeta debió decir *con amor*, que no por ser poeta tiene carta blanca para decir disparates.

Tal es el soneto o *la soneta* con que se da remate a la primera parte del libro. La versificacion es mala, pobre es la rima i no hai rastros siquiera de que alguna vez haya pasado la inspiracion por los puntos de la pluma que lo trazó.

Pero es preciso no olvidar la justicia i la justicia me impulsa a declarar que no son mucho mejores que el soneto otras composiciones en verso que el libro contiene. Una pertenece a don Guillermo Matta i daré muestras de ella:

Lejislador, filósofo, poeta!
Pudo esta triple gloria
Con sus uñas roer la envidia inquieta.
Hoi la severa, la imparcial historia
Al grande hombre respeta
Postra *impotente* a la *vulgar* perfidia
I su garra *procaz* corta a la envidia,

donde se nota la mala construccion que oscurece el sentido de los versos segundo i tercero, i se nota asimismo un cúmulo de muletillas i ripios desvergonzados. ¿Por qué llamar *inquieta* a la envidia, *vulgar* a la perfidia, *procaz* a la garra de la envidia? ¿A quién o a qué se refiere el adjetivo *impotente*? Respetando al grande hombre, no hace gran cosa la historia: yo tambien respeto a los grandes hombres. No es tampoco propio de la historia imparcial i severa que se ocupe en cortar uñas procazes i postrar

vulgares perfidias. En eso no hai nada de severidad i ménos hai poesía.

Sigue el poeta:

Las pasiones coléricas no estallan
I el ladrido siniestro
Ante su tumba callan:
En la noble figura del maestro
El aspecto del sabio todos hallan!
Muerte, bendita seas!

.....
Los nombres inmortales, tú los creas!

Mentira i siga. La muerte no crea nada. ¿Creó acaso al nombre inmortal de Erostrato? Los nombres son inmortales gracias a las obras realizadas en vida por el que los llevó. Esta es la verdad expresada en pura prosa.

Convengo en que no estallen las pasiones *coléricas*. ¿Estallan las que no son *coléricas*? ¿I qué pasiones son esas? El poeta guarda silencio. El silencio es oro, para hablar a la francesa.

Demás que no estallan las pasiones *coléricas*, *callan el ladrido siniestro ante su tumba*.

No está de mas otra leccion de gramática: *callar* es neutro i no puede, por consiguiente, llevar acusativo. El señor Matta pudo decir: *calla el ladrido*; pero al señor Matta le gusta hablar a su manera. El ha dicho en otra composicion *crecer alas*. En la frase *ante su tumba* el *su* parece referirse a *las pasiones*: debe referirse, sin embargo, a Bello. Me parece orijinal eso de que en "la figura del maestro hallan todos el aspecto del sabio." ¿Por qué no la figura del sabio? El poeta se lo sabe.

Otra composicion en verso se titula *El soneto hablador* i la firma don Daniel Barros Grez. Mala es la composicion como es poco claro su título.

Hé aquí unos pocos ejemplos:

De un ciego amor propio señor vate
Que lo hará encontrar bueno lo que es malo,

donde hai un verso con diez sílabas, el primero, i otro descoyuntado.

¿I he de sufrir sus insultos
Tan así no mas? No tal.
No soi de los que me chupo
El dedo.....

Aquí hai un barbarismo enorme, colosal, mas grande que el cerro de San Cristóbal. El verso copiado en bastardilla, reducido a su mas clara expresion, dice esto: *No soi de aquellos que (los cuales) me chupo*. Así se degüella a la gramática. ¡Hacer concordar un sujeto de tercera persona de plural con un verbo en pri-

mera persona de singular es desatino que yo solo habia visto en el señor Matta (don Manuel A.), lo digo con el debido respeto!

... Con ademan cruel i brusco
Logré salir un soneto
I no de los mas zurdos.

Al último verso le falta una sílaba: tiene solo siete i forma parte de un romance octosílabo. El señor Bárros Grez mide sus versos con palitos. Ello depende sin duda de que el señor Bárros Grez es ingeniero.

Lo que le dije no ha mucho:
Ud. no me quemará...
—Pues de quemarte renunció

En español se dice: *renunció a quemarte*, señor Grez, i no de quemarte.

Puedo citar todavía otros ejemplos, pero voi de prisa i me limito a dejar constancia de que la composicion del señor Bárros Grez fué mui aplaudida en la Academia. ¡Buena pró!

Una última composicion poética tiene la *Suscripcion*. Dedicada a la memoria de don Andrés Bello, es debida a la pluma de don Eduardo de la Barra. Hé aquí sus primeros versos:

Cóndor audaz del Andes de la ciencia,
Tú, que *del alta cumbre*
Del sol de la verdad la *clara cumbre*
Pudiste contemplar: tú, que su esencia
Fuiste a beber en la divina fuente,
Cuando el pujante vuelo
Vigoroso *tendías*,
Al tenebroso suelo
Sin un rayo de luz nunca *volvías!*
Pero tu hora ha sonado
I, para no volver, *te has sublimado!*

Nótese desde luego el uso promíscuo que se hace de los tiempos verbales i fíjese despues la atencion en la abundancia de adjetivos ociosos que hai en esos once versos, donde no faltan otras licencias como *del por desde el o desde la*. No he podido saber qué signifique la frase "tú que su esencia (la del sol de la verdad) fuiste a beber en la divina fuente." ¿A qué se refiere el poeta? No se puede dar una respuesta segura.

Me gusta poco que se diga de Bello que *se ha sublimado*, porque ha muerto. Talvez será mal gusto mio o ignorancia; pero aquella es la verdad.

En esas estrofas que, segun el autor lo advierte, estaban destinadas a ser leídas en la tumba de Bello el dia de su entierro, vienen los siguientes versos:

Ante el débil despojo
De lo que grande ha sido,
Por la muerte en arcilla convertido,
De dudas el espíritu se puebla! . . .
¿Rompe la tumba tan confusa niebla?
¿Qué eres, fugaz meteoro? (1)
Qué es la que en pos dejaste,
Brillante estrella de oro?
Dónde ha tendido el vuelo
El alma intelijene?
Qué hai mas allá del trasparente cielo?
Qué nos oculta *ese futuro Oriente?*

¡Hermosa manera por cierto de ir a llorar al borde de la tumba de un creyente sincero i fervoroso católico! I, sin embargo, el señor de la Barra cree en un Dios eterno i poderoso!

Alejandro Dumas, llorando en la tumba de Lamartine, *plajió* los versos del señor de la Barra i puso en prosa francesa las ideas en esos versos contenidas. Dumas decia:

“El hombre baja a la tumba entre dos imposibilidades.—Una física: la *inmortalidad* del alma, otra imposibilidad moral: la *nada*.

“¿Hacia quién o dónde tender las manos? Hacia Dios? La razon pregunta: ¿En dónde está Dios?

“¿Hacia el cielo? La ciencia dice que no hai cielo.”

Dumas i el señor de la Barra han coincidido en pensamientos. Los jenios se tocan. Solo que Dumas, aunque habla en prosa, supo dar una forma animada i dramática a su blasfemia.

Nó; el señor Bello sabia bien que la muerte es la solucion de un problema, el umbral que da paso a una nueva vida. Jamás le abandonó la luz de la fé i los versos flojos del señor de la Barra le habrian ofendido.

Note el lector que en la primera estrofa el señor de la Barra declara que, muriendo el señor Bello se ha sublimado; no obstante, aparenta no saber a dónde ha ido *el alma intelijente*.

Peores i mas inconducentes son los artículos que ocupan las pájinas restantes de la *Suscripcion*. Nada tienen que ver con la vida de don Andrés Bello i es seguro que la Academia de Bellas Letras los publicó porque le faltaba material para hacer un libro de regular tamaño, mezclando el grano i la paja picada. Los escritos de Hóstos, Zubiria, König, Moncayo, Dávila Larrain, etc., allí incluidos, son tan propios del lugar que ocupan como lo serian los de Perico de los palotes o cualquier Juan Lanás que tuviese la dicha de ser miembro de la Academia. No sirven a otro

(1) Pues me parece orijinal la pregunta. Si sabe el poeta que es *fugaz meteoro* ¿a qué preguntarle: ¿qué eres? Lo mismo puede observarse a las demás preguntas,

objeto que al de hacer aparecer en letras de molde nombres que carecen de toda notoriedad literaria. Escribe sobre García Moreno el señor Moncayo i remata su trabajo con esta sandez estu-
penda:

“García Moreno ha idiotizado a su patria, donde no hai mas que una sola voz, un solo pensamiento, una sola voluntad: *El hacha del verdugo.*”

Decir que el hacha del verdugo es voz, pensamiento i voluntad me parece el disparate de los disparates, intolerable aun en la pluma del señor Moncayo, que es cuanto puede decirse.

Recórranse los diversos artículos que el libro de la Academia contiene i ciego será quien confiese que todo aquel conjunto indijesto e informe está muy lejos de merecer la proteccion que ha salido a solicitar por esas calles. Nuestras reputaciones literarias forman allí la excepcion: casi todo el libro lo ocupan vanidosas nulidades para quienes no hai dicha mas grande que exhibirse en público, siquiera sea a riesgo de provocar la burla de las jentes sensatas. El libro de la Academia, cualquiera que sea el lado por el cual se lo mire, es una mal combinada *feria de vanidades*, a cuál mas finchada i de mas escaso mérito. Es un libro indigno del hombre cuya memoria se ha querido con él ensalzar.

Después de leerlo i acotar los pasajes mas importantes; después de recorrer una série de artículos pésimamente meditados i con harta infelicidad escritos; después de convencerme de su poco valia, su falta de plan, su pobreza de forma i de fondo; i ver la manera como se le lanza (apadrinado por una veintena de nombres entre los cuales hai muchos que no habrian perjudicado al libro desapareciendo completamente de sus páginas) a desafiar el juicio del público, he adquirido la profunda conviccion de que los editores habrian obrado perfectamente poniendo como epígrafe en la primera página de la *Suscripcion* las palabras que se pusieron como epitafio en la tumba de un príncipe de la Iglesia española: *¡Polvo, ceniza i nada!*

RÓMULO MANDIOLA.
